

ÁNGELES Y VERDUGOS

CUENTOS BREVES Y MICROCUENTOS

DIEGO MUÑOZ VALENZUELA

INDICE

| | |
|------------------------------------|----|
| EL VERDUGO | 2 |
| EL ANGEL | 3 |
| LA VIDA ES SUEÑO | 4 |
| ORDEN..... | 5 |
| EL SITIO..... | 6 |
| EL PASEO MATINAL | 7 |
| UN ENANO HUYENDO DE UNA CASA..... | 8 |
| OBSERVACIONES EN UN OMNIBUS..... | 9 |
| MUERTE DEL BOSQUE | 10 |
| EL GUERRERO..... | 11 |
| LUCHA SOCIAL | 12 |
| HUIDA DE LA FLOR..... | 13 |
| MUERTE DEL MAGO..... | 14 |
| DRACULA | 15 |
| EL ARQUERO | 16 |
| VIAJE NOCTURNO | 17 |
| OJO Y ESPEJO..... | 18 |
| ENCUENTRO..... | 19 |
| AMOR CIBERNAUTA..... | 20 |
| EL JUEGO DE LAS SIMULACIONES | 22 |
| LA COSA DE ALLA ARRIBA | 23 |
| EL TRENCITO..... | 25 |
| LA VECINA..... | 27 |
| AUSCHWITZ..... | 31 |
| LA BIBLIOTECA..... | 34 |
| LA HORA DEL RECOGIMIENTO | 37 |
| ATRASO..... | 39 |
| FÁBULA..... | 46 |
| ESPERÁNDOLO | 48 |
| EL HOMBRE FRENTE A LA MÁQUINA..... | 50 |
| LOS VENDEDORES | 52 |
| EL VÍNCULO | 55 |

EL VERDUGO

El verdugo, ansioso, afila su hacha brillante con ahínco, sonrío y espera. Pero algo debe vislumbrar en los ojos de quienes lo rodean, que petrifica su sonrisa y se llena de espanto.

El Heraldo se acerca al galope y lee el nombre del condenado, que es el verdugo.

EL ÁNGEL

Un ángel que realiza prácticas de vuelo ilegales en plena urbe, es detenido y juzgado por infringir las leyes de los caminos aéreos, provocar desorden público y no señalizar debidamente.

Ante tamaña acusación el ángel no puede defenderse. En la cárcel medita sobre el significado de la libertad y decide buscar una ocupación menos riesgosa.

LA VIDA ES SUEÑO

Duerme. Sueña que vuela.

Despierta. Cae al vacío.

ORDEN

Es de noche. El hombre toma un taxi. Viaja. El taxista asalta al hombre. Le quita dinero y documentos. El hombre queda abandonado en una esquina. Vienen asaltantes, cuchillo en mano. Lo despojan de sus vestimentas. Huyen. El hombre, desnudo, va en procura de auxilio. Detiene un coche policial. Lo golpean. Es arrestado por no portar identificación. Sospechan delincuencia sexual. Lo encierran en la celda de los sodomitas. Es violado. Grita. Los guardias no vienen. Al día siguiente lo trasladan a enfermería. El médico ordena cambiarlo de celda. Lo dan de alta. Es trasladado a la sección de presos políticos. Después de algunos días lo interrogan. Nada le creen, pues no posee documentos. Nadie sabe o recuerda a quienes lo detuvieron. Lo torturan. Exigen entregue el nombre de sus contactos. El hombre cuenta su historia. Todos ríen. Es incomunicado. Permanece en la celda solitaria por varios meses. Cuando se acuerdan de él, está flaquísimo y loco. Lo envían al Manicomio. Grita que lo dejen en paz. Muere.

EL SITIO

Está el castillo sitiado por un ejército enemigo. Quienes resisten en la fortaleza de piedra padecen de sed, hambre y fatiga. Desesperado por el asedio, el Barón hace llamar al Mago, quien ejecuta un sortilegio de inversión; ahora es el ejército invasor quien resiste dentro del castillo y son las fuerzas del Barón las que hostilizan a los defensores.

El Amo de los enemigos despierta sobresaltado y sorprendido por su propio sueño. Ordena el ataque.

El Barón despierta en su sillón señorial, donde lo había vencido el cansancio; escucha los clarines del combate y corre para organizar la defensa.

Bulle entonces la carcajada del Mago por almenas, fosos y puentes levadizos, por el llano. Lanza sus sortilegios maravillosos. Ríe.

El Barón nada oye y carga furiosamente con sus hombres hacia los torreones.

El Barón no escucha sino los gritos de sus enemigos y desenvaina la espada para la que será, acaso, su última batalla.

EL PASEO MATINAL

Pasaba por ahí todas las mañanas, con las manos nerviosas, ocultas en los bolsillos de su abrigo raído. La observaba en silencio, hasta olvidaba el hambre por momentos mientras le enviaba imágenes alegres, celos, sufrimientos. Concentrarse en ese aire altanero, en esa distancia suya, en sus ojos perdidos a lo lejos. Nunca pudo desalentarlo su indiferencia, tampoco esa distinción tan lejana a su propia miseria.

En ocasiones ella sentía la calidez de su mirada; quizás hasta alguna vez quiso responderle, sonreírle o derramar alguna lágrima. Pero hay tantas, tantas cosas prohibidas para un maniquí encerrado en su vitrina.

Pero él sobrevivió todo ese tiempo gracias a ella.

UN ENANO HUYENDO DE UNA CASA

El enano saltó desde el piso hacia el sillón rojo de la sala. Después trepó por el respaldo acercándose con lentitud a la ventana, altísima para él; con dificultad se aferró al pestillo. Un golpe de viento lo arrojó lejos y fue a estrellarse contra las baldosas.

Al otro día los niños no encontraron nada, ni siquiera sospecharon lo ocurrido. Sin embargo se extrañaron cuando -con expresión satisfecha - el soñoliento gato rechazó la leche y las migas que solían darle todas las mañanas.

OBSERVACIONES EN UN ÓMNIBUS

Con bastante dificultad, cargadas sus manos de paquetes, cubierto su cutis de pinturas faciales, sube al ómnibus, cancela el pasaje después de reunir una por una las monedas, está apenas afirmada, medio derrumbada sobre el chofer con sus bolsas. Camina hacia mí por el pasillo vacío, en movimiento, se detiene a mi lado, observa el asiento contiguo, que está desocupado, la estudio, no dice nada, tiene los ojos fijos en el puesto vacío, no dice nada, sólo prosigue clavando la vista en el mismo punto, en silencio; yo no me muevo, expectante, ella estática con sus ojos, si no me muevo podría morir allí mismo o estar años inmóvil, esperando. Me hago a un lado, giro en el asiento, pasa rozándome con sus bolsas, torpemente, tal como esperaba. Se aferra con sus garras pintadas a la barra delantera, sus ojos están en ninguna parte ahora. Pienso en cómo nos han ido quitando la voz; debió gritarme, insultarme, remecerme, no dijo nada, allí está, clavada en el asiento, sujeta de sus uñas barnizadas. Ni siquiera es tan vieja. Tiene el rostro oculto tras el maquillaje. Me vienen náuseas, unas ganas de llorar que no he sentido antes. Me ubico al lado del conductor. No puedo mirarlo; entiende que debe detenerse en la próxima esquina.

MUERTE DEL BOSQUE

El bosque fue olvidado por los poetas, comenzó a llenarse de insectos horadadores y ávidos, sus celos por la ciudad tomaban la forma de telarañas y hongos amarillos; la envidia afectó pronto sus raíces que fueron petrificándose, haciéndose inútiles para robar nutrientes a la tierra; las hojas se tornaron en cascajos; las ramas se hicieron quebradizas y estériles, se retorcieron, se transformaron en brazos terribles. No se resignaba el bosque a ser olvidado, a morir en el corazón de los poetas, pero fueron su propia amargura, su ira, las que lograron consumirlo, destruirlo hasta que lo que fue esplendor y verde, verde infinito, aire, viento transparente y sonoro, inició su tránsito hacia la muerte; se ennegreció la tierra, secáronse los troncos agrietados y oscuros hasta quedar sólo restos carbonizados y deformes. Toda la tierra reclamaba por este crimen, aunque ya fuese tarde, aunque fuese culpa de la envidia, aunque el poeta jamás supiera de esta muerte.

EL GUERRERO

El mejor guerrero de una tribu nómada, el más valeroso y el más fuerte, se ha quedado en el camino mirando con desprecio la caravana que se aleja. Piensa que son unos cobardes, que ninguno es capaz de sobrevivir por sí mismo en el desierto.

No son hombres verdaderos, piensa.

Algunos días después, el guerrero muere calcinado por el sol. De su cuerpo devorado por las aves de rapiña sólo quedan osamentas. Su arrogancia son huesos blanqueados en la arena interminable.

LUCHA SOCIAL

Una rosa descontenta con su cuidado pincha furiosamente las manos del jardinero y maldice al jazmín vecino que sólo da perfume, ¡el muy inconsciente!

HUIDA DE LA FLOR

Una flor desertora de un jardín lejano y fabuloso va a tenderse a la orilla del mar a meditar sobre su reciente liberación. De pronto estalla en lágrimas su oculta soledad, y tanto es lo que llora que al final se seca, y ya ni siquiera el mar es capaz de resucitarla.

MUERTE DEL MAGO

El último Gran Mago agoniza, viejísimo y agotado su cuerpo, pero lúcida su mente, poderosa y viva su magia como el primer día, hace milenios.

Acuden a despedirse cientos de seres fantásticos productos de su poder; ángeles y sirenas, licántropos y vampiros, monstruos fabulosos que sollozan sin consuelo junto a su lecho, que es la piel de un unicornio.

El Kraken y la serpiente marina, criaturas preferidas y privilegiadas, lloran silenciosamente, con respeto, sobrecogidas, sin pensar siquiera en chapotear o salpicar.

- Sólo el Hombre no ha venido - señala el anciano, con un gesto de inmenso dolor - , sólo él. Y muere.

DRÁCULA

El conde Drácula no soporta más el dolor de muelas y decide ir a tratarse con un especialista. Consulta la guía telefónica y disca un número tras otro, hasta ubicar un odontólogo noctámbulo. Establece una cita para la noche siguiente. Asiste. Porta gafas oscuras para ocultar sus ojos hipnóticos, inyectados en sangre. El dentista también usa lentes oscuros. Lo examina, mueve la cabeza negativamente. Anuncia que el tratamiento va a ser doloroso, que es conveniente emplear anestesia. El vampiro acepta, se deja inyectar, siente un sopor agradable, va hundiéndose en el sueño y escucha el lejano zumbido de un taladro.

Despierta. Ve su imagen en un espejo de agua, sonrío, pero su risa se transforma en una mueca grotesca, porque en el lugar donde debieran estar sus colmillos hay dos espacios sangrientos. A su lado, el odontólogo -que es el doctor Van Helsing- lo observa divertido mientras juguetea con los larguísimos colmillos, arrojándolos una y otra vez al aire, como si fuese un malabarista.

EL ARQUERO

Un arquero oscuro y perverso dispara flechas que deberán encontrar el corazón del enemigo, que está solo y desarmado, preocupado de cuidar una deslumbrante rosa roja.

Las flechas cruzan limpias el valle, y llegan a destino, pero retornan y atraviesan al arquero, una a una, hasta dejarle irreconocible.

VIAJE NOCTURNO

Leonor despertó a la luna para hacer más apacible y translúcida a la noche. La luz blanquecina sostuvo una breve batalla con la oscuridad antes de hacerla retroceder hacia los más impenetrables reductos.

Después se despojó de las ropas, tomó un gran sombrero color naranja y con cinta de terciopelo, y se echó a volar suavemente por los barrios cordilleranos que eran los más favorables para un viaje de esa naturaleza.

OJO Y ESPEJO

El ojo había llegado. Estaba allí, en medio de la habitación. Enclavado en la pared arrojaba una mirada terrible y profunda que le hacía tintinear las terminaciones nerviosas. Esa mirada no lo dejaba olvidar lo que había que olvidar, ni recordar aquello que es imprescindible.

Pero ahí estaba, ensoñador, magnético, impasible. Enorme. Casi de su propio tamaño, con horribles sanguinolencias y venas enrojecidas, y la pupila dilatada. Se aterrorizó, golpeó el espejo hasta destruirlo y volvió con gran calma hacia su órbita.

ENCUENTRO

Se dio maña para saludarlo en la calle y convencerlo de que habían sido compañeros en la escuela primaria allá en el sur tan lejano en tiempo y en distancia. Recordaron a sus profesores, se rieron de las bromas espantosas que les hicieron a algunos, de las muchachas que amaban en silencio, de las revistas pornográficas que miraban juntos, palpitantes, amparados en las sombras. Sin que él ofreciera demasiada resistencia, lo invitó a beber a una cantina, y siguieron su trayectoria por el pasado remoto y feliz. Hablaron de amores, de esperanzas, de frustraciones, de alegrías mínimas que iluminaban una vida difícil. Llegó la embriaguez y juntos, abrazados, salieron del bar cuando la noche se cernía amenazante sobre la ciudad. Transitaban muy pocas personas a esa hora y se escuchaban de vez en cuando sirenas lejanas de autos que corrían con urgencia. Su invitado estaba muy borracho y fue sencillo arrastrarlo al callejón donde lo degolló limpiamente, de un solo golpe.

AMOR CIBERNAUTA

Se conocieron por la red. Él era tartamudo y tenía un rostro brutal de neanderthal: cabeza enorme, frente abultada, ojos separados, redondos y rojos, dientes de conejo que sobresalían de una boca enorme y abierta, cuerpo endeble y barriga prominente. Ella estaba inválida del cuello hasta los pies y dictaba los mensajes al computador con una voz hermosa, pausada y clara que no parecía tener nada que ver con ella; tenía el cuerpo de una muñeca maltratada. Fue un amor a primer intercambio de mensajes: hablaron de la armonía del universo y de los sufrimientos terrestres, de la necesidad del imperio de la belleza y de los abyectos afanes de los mercaderes de la guerra, de la abrumadora generosidad del espíritu humano que contradice la miseria de unos pocos. Leían incrédulos las réplicas donde encontraban una mirada equivalente del mundo, no igual, similar, aunque enriquecida por historias y percepciones diferentes. Durante meses evitaron hablar de sí mismos, menos aún de la posibilidad de encontrarse en un sitio real y no virtual. Un día él le envió la foto digitalizada de un galán. Ella le retribuyó con la imagen de una bailarina. Él le escribió encendidos versos de amor que ella leyó embelesada. Ella le envió canciones con su propia voz, él lloró de emoción al escuchar esa música maravillosa. Él le narraba con gracia los pormenores de su agitada vida social, burlándose agudamente de los mediocres. Ella le enviaba descripciones de sus giras por el mundo con compañías famosas. Ninguno de los dos jamás propuso encontrarse en el mundo real. Y fue un amor de sueños, de

mensajes, de versos, de canciones. Fue un amor verdadero, no virtual, como los que suelen acontecernos en ese lugar que llamamos realidad.

EL JUEGO DE LAS SIMULACIONES

Sale de su casa el sábado al mediodía en su auto. Los cambios pasan con dificultad y reniega cada vez que la palanca se atasca. La dirección está dura y maldice a cada vuelta. Hace calor y se enjuga el sudor con un pañuelo cada vez que las gotas comienzan a deslizarse por su rostro. Pero no abre la ventana para que no vayan a creer los demás que su coche no tiene aire acondicionado. En una esquina congestionada saca el celular de la guantera y hace como que disca un número. Gesticula, discute, simula que escucha, contesta airado, ríe. Piensa que el juguete es una imitación perfecta. Lo deben estar mirando con admiración, mientras cierra negocios a distancia con Hong-Kong. En el supermercado se pasea ostentando un carro que llena de *delicatessen*: whisky, vino del mejor, quesos finos, paté francés, frutas exóticas, bombones. Se encuentra con amigos, habla de sus éxitos y escucha los de ellos. Se acerca cauteloso a las promotoras, mirando hacia otra parte, hasta que está cerca y con toda dignidad prueba el producto, disimulando su avidez. Sigue saludando, recibe nuevas llamadas, sonrío, quiere mostrarse feliz, no vaya a ser que los demás piensen que sufre o que es un fracasado. No vaya a ser que los demás piensen ya que no tiene alma.

LA COSA DE ALLÁ ARRIBA

Yo sé que estás allí, dentro del ropero, puedo escuchar desde el primer piso tu respiración dificultosa, sentir como te revuelves inquieta, maldita criatura, siento los lamentos de la madera que se queja bajo tu peso. Si pudieras, saldrías de ahí – a veces lo haces – y bajarías la escalera haciendo crujir los escalones uno a uno con tus pies escamosos, verdes, llenos de algas igual que tu piel resbalosa, cubierta de lécimo de quizás qué horrible lugar. Respiras más fuerte ahora, es casi un bramido, el ropero se estremece. Bajo el volumen del televisor, pero inmediatamente viene un silencio más difícil de soportar que los ruidos de la película o tus movimientos allá arriba, parece que ese silencio durara más, tú saldrías de allí en todo tu esplendor, con toda tu malignidad, con tus ojos hambrientos y terribles, tus garras filosas, tus dientes de tiburón. Eso, podrías llegar al fin. A veces todo se reduce a esperarte, espero la noche para este duelo cotidiano. Yo sé que un día va a ocurrir. No sé cómo explicarlo: sólo lo sé. Bajarás con tus tentáculos, tus ventosas, tus brazos – lo que sean – dirigidos hacia mí y yo no podré moverme, me quedaré mirándote, paralizado, inmóvil, así como si fuera de piedra. Tal vez alcance a recordar algún párrafo de Lovecraft. Pero lo importante es que estarás acá, de este lado, y yo no podré moverme. Respiras, te mueves inquieta, maldita criatura. Te puedo ver casi, agazapada en la oscuridad, tus ojos brillando. A pesar del miedo, a veces me imagino qué ocurriría si tú bajases, qué ocurriría, qué ocurriría si entraran en ese momento mis padres, que están prontos a regresar, por eso creo que ya no bajarás, aunque a veces, a veces, casi es como si lo

deseara.

EL TRENCITO

Cuando sus padres le regalaron el tren eléctrico le brillaron los ojitos, apareció una sonrisa más larga en sus labios, daba saltos de felicidad. El tren subía y bajaba unas lomas, atravesaba desvíos, puentes, pequeñas estaciones.

Fue muy grande el precio de este tren; tendrás que cuidarlo mucho. Sólo podrás armarlo en ocasiones especiales. Esto le advirtió el padre.

Entonces ya no vio tan hermoso el ferrocarril en miniatura. Sin embargo, para sus cumpleaños y para navidad ensamblaba las piezas religiosamente, como si fuera un rito. Así hasta que cumplió doce años. El juguete quedó por allí, impecablemente almacenado en su caja con palabras en inglés. Mucho tiempo después, cuando el hijo ya tenía su propia familia y no visitaba más que una o dos veces al año a sus viejos padres (para ocasiones especiales), la anciana encontró el trencito. Estaba como recién salido de la juguetería.

- ¡Viejo, ven!- llamó al padre que acudió rengueando-. Mira el tren del niño, lo encontré recién. Mira, está casi nuevo.

- Bueno, yo y tú le enseñamos a cuidarlo. Por eso está como nuevo.

- Lo echo de menos a veces, sería bueno que nos visitara más seguido.

Se quedaron silenciosos. La anciana se arrodilló en el piso y se dispuso a montar las líneas férreas. El padre dudó un instante antes de hacer lo mismo.

Ahora el tren está en funciones la mayor parte del tiempo. Los viejos lo echan a caminar y el tren recorre la llanura, los puentes, los pequeños poblados.

- ¡Qué suerte que el niño lo haya cuidado tan bien!- repite alguno de los dos, de vez en cuando. Y sueltan algunas risitas de felicidad, brincan de alegría. En ciertas oportunidades alguna lágrima les torna borrosa la visión. -Será la edad - dicen -qué otra cosa, si somos tan felices.

LA VECINA

Se levantaba temprano, muy temprano. Lo sabía por el trajín, los malditos ruidos aquellos, ése como de cincel o de yunque golpeado. Hace rato tenía pasados los setenta, quizás más, pero poseía la fuerza de los locos (comentaban los vecinos) de modo que su actividad no declinaba hasta la hora en que los largometrajes y la luz azul ceniza y el silencio se tomaban la casa antigua, remota como ella. A esa hora se la oía reír, quizás también se alimentaba, no sé. En ciertas oportunidades caminaba por el techo (normalmente después de almuerzo, en el período consagrado a las siestas de verano), reunía las hojas de la vereda y las trasladaba, con indudable premeditación, hacia el frontis de nuestra casa; si se daba la ocasión (pocas veces), detenía a cualquier transeúnte para relatarle la forma en que sus vecinos (se refería a nosotros) tendíamos cables eléctricos por sobre las panderetas con el fin de asesinarla o el modo en que arrojábamos pájaros muertos o simples piedras a su patio; todas acciones siniestras efectuadas al amparo de la noche.

La he escuchado cantar a su perra muerta hace tantos años, "Yaqui, mi regalona, tiene hambre la niña". La tumba está junto a la casona contigua a la cocina donde el animal recibía día tras día su merienda de las manos de la vieja en medio de expresiones como las que canta o recita ahora. Me da la impresión que en esos momentos es feliz, porque no inventa historias de objetos o cadáveres arrojados en la oscuridad, ni acumula restos vegetales en la puerta nuestra, y se escucha su voz mimando a la perrita, y tampoco se sube al techo desde donde va a caer un día para romperse la columna, y

lleguen los sobrinos con lágrimas en los ojos a cobrar la herencia, demoler la casa, poner un restorán, un taller de reparaciones, una comunidad habitacional, un lugar donde alguien pueda enloquecer.

LAS FIGURILLAS

Primero eran sólo unas horas durante las cuales se encerraba en la pieza azul de las figurillas de porcelana que había reunido en el transcurso de su vida. Todo el mundo pensó al principio que estaría durmiendo siesta, aunque jamás había sido su costumbre. Después sólo se la veía en la casa a las horas de comida, el resto del tiempo se encerraba en el cuarto azul; los niños descubrieron que se encerraba con llave, cosa que nunca antes hizo, ni siquiera en el baño. Pidió que le llevaran los alimentos a su cuarto y señaló el horario apropiado, así como ciertas normas inamovibles, entre ellas la que especificaba que la bandeja debería ser dejada en la entrada de la pieza y que nadie podía permanecer a su lado. Para no irritarla se cumplieron sus órdenes. Si estaba demente no era posible convencerla de lo contrario, además así molestaba menos. Se trataba de una locura cómoda, que convenía a todos. Los habitantes de la casa especulaban acerca de sus hipotéticas ocupaciones:

- Lustra las figurillas
- Las contempla
- Las clasifica
- Lo más probable es que sólo duerma.

El poeta de la familia afirmaba que tomaba figurilla por figurilla e iba rememorando la forma en que las había obtenido. “Así recuerda sus innumerables viajes”, decía satisfecho de su creatividad.

Ella, que había excavado túneles por toda la casa, sonreía satisfecha al escuchar

las interminables discusiones. "Tal vez he dado un sentido a sus vidas" -pensaba, observándolos desde un retrato, un espejo o una grieta abierta en un mueble antiguo. Soñaba con excavar túneles hasta las casas vecinas para escuchar los comentarios de sus habitantes. Proyectaba un pasadizo secreto hacia el confesionario de la Iglesia. Sería muy entretenido, aunque demandaba varios años de duro esfuerzo.

Sin embargo, tiempo era lo que le sobraba. En cuanto a las figurillas, la verdad es que le importaban un bledo.

AUSCHWITZ.

El anciano comenzó a descender calmoso la escalera que conducía a la estación del tren subterráneo. No tenía ninguna prisa, nadie lo esperaba. El matrimonio sin descendencia se había esfumado por completo con la muerte de su esposa algunos años atrás. Este recuerdo ya no lo entristecía; nada lograba sacarlo de su mutismo. Una vez al mes se animaba, más por obligación que por entusiasmo, a cobrar el cheque de la jubilación que le permitía prolongar su vida reposada. No pasaba estrecheces económicas, al menos. Era, tal vez, un monótono privilegiado.

Estaba pasado el mediodía y un calorcillo punzante se agitaba gozoso en la atmósfera pregonando el verano inminente. El anciano, sin embargo, portaba un grueso abrigo invernal; a su edad este cambio de clima era todavía una sutileza incapaz de modificar su indumentaria.

Terminó el descenso y se dirigió a la boletería que era atendida por una mujer rubia, madura y de expresión muy rígida. Demoró mucho en reunir las monedas para cancelar el boleto y la cajera lo observaba impaciente. Por fin juntó el dinero y recibió el boleto azul a cambio. Sintió, al alejarse, la mirada fría de la mujer en su espalda, pero no se atrevió a voltear el rostro.

Una vez en el andén sintió fatiga, era larga la caminata, y se acomodó en una silla acrílica desde donde pudo dominar toda la estación. Enfrente suyo había un grupo de muchachas que no hacían más que reír y hacerse cosquillas unas a otras. Cerca de él, de pie, un individuo alto, corpulento, con un bigote muy bien cuidado, contemplaba a las

jóvenes sin perder detalle de sus movimientos; a veces sus faldas descubrían sus muslos suaves y torneados; otras, sus senos de turgentes pezones se veían por entre los escotes audaces. Este hombre -pensó- tendrá unos cuarenta años. Al otro lado de la vía, era curioso, no había nadie. El anciano abandonó sus observaciones al percibir un estremecimiento en el piso. No, no era un temblor, ya lo sabía, era el ferrocarril que se aproximaba. Se incorporó al tiempo que hacía su entrada el Metro. Las puertas de los vagones relucientes se abrieron y los nuevos pasajeros ingresaron. Las muchachas y el cuarentón subieron delante del viejo. El vagón estaba casi desocupado y no tuvo problema para encontrar asiento. El cuarentón se ubicó frente a las muchachas; era evidente su excitación. Una mujer gorda llena de paquetes se quejaba del calor y de la carestía mientras devoraba un chocolate enorme. Más al fondo un quinceañero se ruborizaba con las miradas provocativas y las carcajadas eróticas que le dirigían las jovencitas. El cuarentón se retorció, envidiando al mocoso.

Las estaciones empezaron a sucederse vertiginosamente. Una de las muchachas se acercó al joven solo con el pretexto de pedirle fósforos. El anciano pensó en reclamar si es que fumaban, mal que mal estaba estrictamente prohibido, pero su inercia lo hizo desistir. El muchacho tenía fósforos y prendieron los cigarrillos. La señora gorda masculló algo que no se entendió a causa del chocolate que hinchaba sus mejillas. Los muchachos conversaron, luego empezaron a jugar a tocándose los cuerpos uno al otro. Las muchachas se erotizaban y miraban al cuarentón. Acrecentaron sus juegos nerviosos. Al fondo, la pareja se besaba tendida en un asiento. La mujer arrojó una mirada horrible al anciano, como insinuándose. Las muchachas rodeaban al cuarentón

complacido. El anciano sentía náuseas por los guiños de la gorda. Los muchachos se desnudaban. De pronto el anciano pensó que todo era tan extraño. Una voz ordenó bajarse a todos los pasajeros a través de los parlantes. El tren se detuvo, pero las puertas se mantuvieron cerradas. Afuera había una espesa neblina. Transcurrieron algunos segundos. Estaban todos de pie, menos el anciano. Estaban frente a las puertas que no se abrían.

Cuando empezó a salir el gas por los conductos hábilmente disimulados, todos gritaban y golpeaban las puertas de vidrio y trataban de separar las gomas que las hermetizaban. Desde afuera era posible ver como la gorda vomitaba el chocolate sin dejar de chillar y estrellarse contra los vidrios. Los puños del cuarentón estaban destrozados y la sangre corría por los vidrios. Las muchachas aullaban histéricas junto al quinceañero. Sólo el anciano se mantenía en el asiento aspirando en grandes bocanadas el gas que le robaba la vida.

LA BIBLIOTECA

El profesor entró con indisimulado deleite a la nueva biblioteca.

LA BIBLIOTECA CIERRA A LAS 19 HRS.

SE RUEGA ABANDONARLA OPORTUNAMENTE.

SE AGRAD...

Interrumpió su propia lectura para admirar los detalles. Todo alfombrado e impecable. Se acercó a los ficheros y se abocó a revisar algunos en forma sistemática; periódicamente anotaba cifras en los formularios que encontró sobre el mesón de pedidos. Envió los papeles por el montacargas hacia el subterráneo y un par de minutos después cinco libros relucientes retornaron en lugar de aquéllos. Tomó los textos y los transportó a la sala de lectura.

NO FUMAR

Palpó los costados de su chaqueta; de todos modos no importaba, había olvidado comprar cigarrillos.

LA BIBLIOTECA CIERRA A LAS 19 HRS.

El profesor hizo un gesto de desprecio, -los malditos burócratas- o algo así murmuró. Se sentó y se dispuso a leer. Eran las 18:29. Hojeó el primer libro, luego el segundo. Sólo para disimular, ninguno de los dos le interesaba en realidad. El tercero tenía tapas verde brillante; las abrió impulsivamente. Saltó el prólogo para leer el capítulo uno.

Había pedido cinco libros para leer uno solo, uno que le costaría el puesto si lo

sorprendieran. Nunca más encontraría trabajo. Para un maestro no existían las segundas oportunidades. Le había costado decidirse. Mucho era el riesgo, tal vez mucho más de lo que creía. Pero leía con fruición. Nada lo podía distraer, nada lo podía distraer, nada.

18:40

Terminó con el capítulo I y dobló la página. Antes anotó algo en un cuadernillo. Centró la vista en el libro.

18:47

Miró la hora. Bajó la vista. Allí estaba todo, todo cuanto deseaba saber, todo, todo. Su avidez crecía.

No podía llevarse el libro a la casa. Tenía que verlo ahora, aprovechar al máximo esta oportunidad, quizás no tuviese otra.

18:57

18:58

18:59

El profesor estaba nervioso. Devoraba el libro, nada más parecía interesarle. ¡¡Quedaba tan poco!

18:59:30

Miró el reloj de la sala y cerró el libro. Caminó hacia la salida.

19:00

La compuerta se cerró antes de que el profesor pudiera alcanzar el umbral. Se puso color de harina. La luz se debilitaba en el interior de la sala. Entonces recordó a su sobrino que salió a caminar y pensar y que no volvió nunca, y de su mujer que le

ocultaba los anteojos para que no leyera tanto. Ahora estaba todo negro. Alguien le quitó el libro y lo arrastró por un pasillo que hasta hace un rato atrás no existía.

LA HORA DEL RECOGIMIENTO

Como era Hora de Recogimiento nadie caminaba por la enorme avenida. Era, quizás, hora de almuerzo y el sol hacía hervir los tejidos y el renegrido pavimento. Muy de tarde en tarde una mirada atravesaba los vidrios y caía indiferente sobre la desolación exterior.

Y a lo lejos, una minúscula partícula que se va transformando en un hombre, un hombre que camina por las calles, que se acerca... El sol lo hace transpirar en abundancia, casi derrite su cuerpo, es vapor lo que se fuga por sus poros. Posiblemente la Hora no tenga más sentido que evitar este calor terrible. Pero sólo tal vez.

- Llegaré a la avenida y después daré la vuelta - murmura el hombre para su propio oído, medio trastornado por la torridez. Todo es más infierno, más brillante, punzante en los ojos. En el confín de la visión la avenida se vuelve atractiva e inalcanzable. Imposible apresurarse. El calor ataca en raudales para quemar el aire. La Hora está en su apogeo.

El hombre llega a la avenida, se dispone a atravesarla. Pisa el asfalto. Con lentitud empieza a cruzar, con la mirada fulgente, lleno de expectación. Una extraña música invade la atmósfera en el preciso momento en que se siente aprisionado. Kiss, Bee-Gees, Frampton, Clapton, american music, it's all the same. Un pie se hunde en el alquitrán. Nights of Broadway. El otro también. No puede salir. Grita, grita, grita, maldice, tironea. Nada; está atrapado. La música ensordece para que no se escuche la voz, el sol adormece y destruye. Alguien grita, alguien hace esfuerzos para liberarse.

El sol ha caído para convertirse en crepúsculo y el hombre de alquitrán espera algo, de rodillas. La Hora ha terminado.

Acude el camión municipal; de él saltan algunas siluetas que cortan el asfalto endurecido alrededor de los pies del hombre y acaban por extirparlo del pavimento; después lo llevan a la parte trasera del vehículo. Lo dejan solo. Cierran la puerta y luego, por una rendija, dejan caer una radio hacia el interior. El hombre abre la boca, pero unas palabras en inglés le aprisionan la garganta. Abre los ojos, pero una fiesta de colores y movimientos ataca su cerebro.

Quiere morir, quiere estar muerto, pero oye, aún escucha, the music, the succesful, the extraordinary music proceeding from the great country of North.

El camión se pone en marcha y acelera por la avenida.

ATRASO

Raúl estaba en el paradero sosteniendo el portadocumentos con la axila. El microbús se detuvo justo frente a él y subió de un salto a la pisadera. Pagó el pasaje sin mirar al chofer y fue a sentarse al final del pasillo.

Después de algún rato se dio cuenta de que era el único pasajero, y que la micro, a pesar de no transportarlo más que a él, se demoraba muchísimo en avanzar.

- ¡Qué desgraciado éste! – susurró, mordiéndose los labios.

Raúl miró la hora; en efecto, estaba atrasado. Ante sus ojos las calles y los árboles de la ciudad se desplazaban morosamente. Pensó en apurar al conductor.

Luz roja ¡cuarenta segundos más!

- Oiga, apúrese un poquito... por favor – la timidez congénita traicionaba su ira.

El chofer siguió como si nadie hubiese hablado.

Jamás llegaría a tiempo, alguna partícula de resignación comenzaba a impactarle.

- ¡Usted ni volando llega a tiempo a alguna parte! – gritó Raúl con un cierto dejo sarcástico en medio de su cólera.

- ¿Está seguro? – interrogó el conductor.

De pronto se escuchó un confuso aleteo proveniente de los costados del microbús. Simultáneamente Raúl advertía la monstruosa antigüedad de la máquina y pensaba en qué le recordaba aquella voz. Se incorporó para ver lo que ocurría, pero al tiempo de ponerse de pie, el vehículo emprendió el vuelo.

Entonces el chofer se volvió hacia él y le hizo un guiño malicioso con el ojo derecho.

EL VALLE DEL INCA.

Nadie ha tenido más poder que el sabio Túpac Arachi. Sus dominios sobrepasaban las fronteras conocidas del Imperio Inca, atravesaban las más inaccesibles cordilleras, los mares más remotos. Sus territorios, así como sus conocimientos, trascendían el límite de lo conocido y lo desconocido. En todo lugar eran aceptados sin discusión sus designios y escuchadas con entusiasmo sus palabras.

Túpac Arachi era viejísimo, anterior a su propio imperio, tenía la edad de las piedras y el agua, y ya no quedaba nada o muy poco que lo atara a la remota iniciación de su existencia.

El palacio del Inca, por expresa orden suya, había sido construido muy cerca del Valle Petrificado, que quizás era el último lazo capaz de vincularlo al pasado.

Muy pocos hombres entraron al Valle Petrificado, no por una prohibición de Túpac Arachi, quien jamás dictó un decreto de esa naturaleza, sino que debido al desmesurado temor, al irracional sobrecogimiento que producía. En el Valle Petrificado el tiempo se había detenido: todo estaba estático; ni siquiera el viento o un sonido alteraban esa realidad inmóvil. Los árboles pétreos, de hojas rígidas y calladas; los pájaros detenidos en trinos eternos y silenciosos, o implicados en un vuelo imposible, flotando como globos fijos, proyectando sombras también fijas. Un jaguar que acecha infinitamente a su presa arrojando espuma por entre sus fauces, y el cervatillo que olfatea el aire presintiendo la proximidad de la fiera, sin poder escapar, con el terror reflejado en sus ojos abiertos. Un tapir condenado a beber a perpetuidad de un arroyo

con aguas mudas que no escurren, que jamás alcanzan su garganta para mitigar la sed urgente.

Nada supera la horrorosa certeza de ser lo único vivo entre lo rígido y muerto. Con la excepción de Túpac Arachi, todos los hombres que entraron al Valle Petrificado enloquecieron y murieron esperando un movimiento, aguardando el fin de la escena: ver volar y cantar a los pájaros entre los árboles movidos por el viento, resolver la incógnita del ciervo y el jaguar, aplacar la sed del tapir, terminar ese mundo eternamente inconcluso.

Sólo a Túpac Arachi no le inquietaba la misteriosa realidad del Valle Petrificado, y acaso era ésta la mayor prueba de su sabiduría, la razón esencial de su poder. Tal vez el Valle Petrificado le aportaba la tranquilidad y el tiempo requeridos para una reflexión profunda y necesaria.

El anciano Inca jamás hizo uso de la fuerza para mantener bajo su dictamen al Imperio. Su Guardia Guerrera cumplía una función apenas decorativa y no tenía ningún privilegio sobre el resto de la población. Los miembros de la corte y el sacerdocio eran respetados, pero no abusaban de esa prerrogativa; nada que contribuyera a su envanecimiento y gloria personal era aceptado por el pueblo. Desde la fundación del Imperio nadie había muerto por mandato de Túpac Arachi; las horcas y las hachas se descomponían y oxidaban en las bodegas, los látigos se revenían con la humedad. Odios y frustraciones se disipaban en las noches plácidas y silentes del Valle Petrificado.

El Inca había explicado una vez que una muerte ordenada por él sería capaz de

alterar el equilibrio alcanzado, produciendo una ola sin fin de sangre que ahogaría al Imperio. Manifestó en aquella ocasión que de firmar una orden semejante, firmaría al mismo tiempo, de un modo desconocido, oculto para los hombres, su propia sentencia y la del Imperio.

Túpac Arachi reinó durante siglos en medio de la sana alegría popular, de la sucesión de ricos y variados sembradíos y de cosechas abundantes, y de un sagrado culto y veneración mutuos entre los hombres. Fue así hasta que Paccari-Tampu, familiar del Inca, urdió una trama siniestra. Comenzó por relatar a algunos cortesanos bien elegidos que había descubierto una conspiración para asesinar al Inca. El rumor se difundió rápidamente por la corte hasta llegar a Túpac Arachi, quien desatendió las advertencias, aunque no pudo disimular su preocupación ante esta insólita manifestación de violencia.

A través del propio Paccari-Tampu fue informado el Inca de los nombres de los supuestos conspiradores, un grupo de campesinos descontentos, cuyas tierras estaban en los límites del Imperio. Esos territorios habían sido incorporados recientemente al Imperio, por lo tanto no eran gente de fiar todavía. Paccari alentó al anciano Túpac para que los ajusticiara, pero éste se obstinó en dejarlos libres y en no tomar medidas contra ellos, argumentando que, de tomarlas, éstas se volverían en su contra.

Paccari, sin perder las esperanzas, hizo traer a los campesinos acusados, quienes ignoraban la farsa en que estaban envueltos. Cuando los labradores ingresaban al palacio, los saludó primero que nadie y les señaló el camino. Antes se había ocupado de enviar súbditos suyos con ricas túnicas, vinos y armas como obsequio a los

campesinos, quienes tomaron los regalos con gran alegría. Corriendo por pasillos paralelos llegó Paccari donde el Inca, gritando que ya venían a asesinarlo, que de nada servían sus argumentos si su muerte era inminente, que era preferible ajusticiar a los sublevados y salvar, junto con su vida, la permanencia del Imperio.

Al sentir la algarabía de los campesinos medio ebrios penetrando en la antesala y ver sus relucientes armas, Túpac Arachi cayó en la maraña de Paccari, ordenando a sus guardias ejecutar en el acto a las infelices víctimas.

Al derramarse las primeras gotas de sangre en aquella tarde terrible, el Valle Petrificado se estremeció, imperceptiblemente primero, luego en forma violenta, atronadora. Los pájaros trinaron con una fuerza inusitada, aquellos que volaban fueron a estrellarse contra los árboles, el jaguar atrapó al cervatillo entre sus garras sin alcanzar a devorarlo, el tapir hundió su hocico en el agua aprestándose a beber, pero antes de que cada cosa se consumara, el Valle Petrificado desapareció entre las montañas que se derrumbaban y fue cubierto por la lava de los volcanes inactivos por milenios. En pocos minutos no quedó prueba de su pasada existencia. Paccari-Tampu, testigo de la escena, sollozaba en silencio. El objetivo de su acción era entrar al Valle Petrificado sin temor a enloquecer con las visiones bellas y enigmáticas. Paccari creía que la pasividad del Imperio era lo que impedía el movimiento en el Valle Petrificado, y que por lo tanto, si alteraba la situación éste cobraría nueva vida; así disfrutaría de la belleza y el conocimiento del Inca. Ahora estaba condenado a no conocer el Valle pétreo, su vileza había sido inútil; sólo había conseguido su propia desdicha. Aún le restó fuerza para clavarse una daga en el corazón, y cayó a la tierra negra envuelto en

sus lágrimas y en su sangre.

Túpac Arachi fue ahorcado meses más tarde durante una revuelta campesina impulsada y dirigida por parientes de las víctimas. El Inca, antes de morir, tuvo la certeza de que sus pensamientos eran exactos: al ordenar la muerte de aquellos infelices labradores con un simple ademán, habíase condenado a sí mismo a una muerte peor que las que había inducido. Por ello, en sus horas finales tuvo el aplomo de no solicitar una clemencia inmerecida, dando así una última prueba de sabiduría y de valor.

FÁBULA

Unas decenas de años atrás vuestra ciudad no era más que una miserable aldea de chozas cenicientas, de hombres y mujeres escuálidos y desamparados.

Cierto día el Buen Abdul descubrió que bajo el suelo de la aldea se ocultaba un inagotable filón de oro y una portentosa cantidad de piedras preciosas, y avisó de ello a todo el mundo dando gracias a Alá por tal hallazgo y haciendo constantes genuflexiones a su efigie imaginaria.

Diez días de fiesta sucedieron al formidable descubrimiento del Buen Abdul; todos bendecían a Alá que les había traído tanta dicha: el fin de la miseria y el hambre en la aldea.

En medio de tanta alegría, nadie se fijó en la llegada de un hombre pequeño de piel oscura y ojos vivaces que observaba pacientemente los festejos.

Cuando todo volvió a la normalidad y los aldeanos comenzaron a discutir la forma más justa de distribuir tanta riqueza, apareció el hombre pequeño denominándose "Elegido de Alá" en medio del estupor del pueblo que esperaba la llegada de un profeta anunciada por una antigua leyenda. De modo que el "Elegido de Alá" fue aclamado como profeta por los aldeanos, y se le rindieron homenajes y se le hicieron ricas ofrendas de acuerdo con su elevada dignidad. Gran cantidad de riquezas le fueron entregadas para la construcción de un templo consagrado a la eterna adoración de Alá Baal y sus emisarios terrestres.

Así fue pues que la aldea creció y se convirtió en una maravillosa ciudad con

torrecillas y almenas, hermosos templos y prósperos mercados donde se ha desahogado la avaricia y la envidia de los fieles, para finalmente llegar a ser el poderoso y rico Sultanato que es hoy día.

Quiero poner en vuestro reconocimiento, que el bienamado Sultán no es otro que el hombrecillo de ojos vivaces que llegó con las manos vacías tiempo atrás, y que el Buen Abdul, cegado con fierros candentes por la cruel Guardia del Sultanato, es el ciego miserable que junto a otros cientos de mendigos imploran limosnas a los extranjeros, ya que los habitantes de la ciudad tienen prohibición estricta de otorgárselas.

ESPERÁNDOLO

El hombre ama la libertad, escribe su nombre en las murallas de su ciudad como Prévert en hojas pequeñas de papel que deja caer luego desde sus manos, anda dibujándola en los rostros de quienes se atreven a escucharlo. Cuando su compañera no puede estar con él, lo espera inquieta en medio de la noche; acaricia a su hijo mientras duerme. Él despierta a veces y pregunta por papá. Ella contesta –está trabajando- y el niño vuelve a dormirse feliz. Mientras cierra los párpados, asoman lágrimas a los ojos de la madre, tristezas que no la dejan dormir ni moverse del lado de su hijo. Sólo se tranquiliza cuando en la madrugada siente el juego de cerraduras, goznes, pasos acercándose, olor a transpiración, húmedo beso en la boca que la relaja, cuerpo que abraza con fuerza, dedos que la acarician. Así, muchas veces en el mes. Él le dice simplemente “volveré tarde esta noche” y ella comienza a sufrir por el temor de perderlo, pero no dice nada, pues eso es lo que más ama en él. Ahora lo espera con los dedos enredados en el cabello de su niño durmiendo, lucha contra el cansancio que la va venciendo, se va entregando a un sueño que se abre como un telón de pronto, donde hay cosas que no entiende, carreras, hombres que gesticulan y cuya voz no se escucha, ella desplazándose como cámara de televisión observando todo, en ese instante ve a su hombre cayendo, sin ruido, ametrallado, ve la camisa perforada de manchas rojas que van creciendo en tanto el hombre no deja de caer. Después está su hijo preguntando por papá, ella tratando de explicar, el niño gritando en la noche, el niño orinándose en la cama, el niño preguntando por papá, el niño con la misma risa del padre muerto, el niño

con un volante que dice libertad en las manos, el niño tratando de saber lo que significa esa palabra, el niño tan igual a su padre creciendo y leyendo a Brecht y a Prévert, el niño convirtiéndose en un joven de barba rala que le dice "llegaré tarde, mamá". Entonces la puerta abriéndose la saca de su sueño, aunque no alcanza a abrir los ojos cuando ya unos labios que conoce la muerden, cuando unos brazos la levantan en vilo y la llevan a la cama de ambos, cuando esas mismas manos salpicadas de tinta o de pintura comienzan a desnudarla, a hacerla morir de felicidad y deseo, a olvidar ese sueño negro que va empequeñeciéndose y alejándose hasta desaparecer, hasta pensar en que todo está por delante, en qué tonta ha sido de pensar en esas cosas.

EL HOMBRE FRENTE A LA MÁQUINA

El hombre está sentado frente a la máquina. Teclea, teclea. Las páginas se van acumulando a su lado derecho. De vez en cuando examina unos manuscritos ubicados a su izquierda, de tal modo que pueden ser vistos con facilidad. Una lámpara de cuerpo flexible está inclinada sobre el escritorio iluminando la máquina y los apuntes del lado izquierdo. También hay un vaso con unos centímetros de alcohol y un cenicero y restos de cigarrillos. La casa es pequeña: tiene dos habitaciones, baño y cocina, también un estante amplio, empotrado en uno de los muros. Allí, en el fondo de ese estante están repartidas las piezas del mimeógrafo manual. El hombre lo sabe, pero las tiene separadas porque ahora carece de estencil y papel roneo y entonces no puede imprimir nada. Su mujer anda consiguiendo esos elementos en un lugar que les fue sugerido por alguien que no recuerda en este instante. Termina otra página, enciende otro cigarrillo, lo abandona en el cenicero, aferra el vaso con sus dedos, lo acerca a sus labios, bebe, coloca una hoja en blanco en la máquina, la ajusta, comienza a teclear de nuevo. Así va transcurriendo el tiempo y las páginas que se acumulan a su lado derecho. El humo baila frente a sus ojos y a veces se le introduce en ellos haciéndolos lagrimear, el hombre aparta el humo a manotazos mientras sigue pensando en lo que tiene que escribir y en su mujer que volverá con el papel y los estenciles y también recuerda que tiene hambre y que sería bueno que ella volviera pronto, así verían qué hacer de comer, quedaban unas papas, unas vienasas y un poco de lechuga, bastaría, todo esto lo piensa mientras mecanografía la última frase redactada y almacenada en su cerebro, en tanto la traspasa

desde su mente hacia las líneas que se van dibujando sobre la hoja dispuesta sobre el cilindro de la máquina. Siempre quedan tiempos libres intermedios. Luego debe elaborar la próxima frase de acuerdo a la idea central que está explicando. Como ya tiene mucha práctica, le resulta sencillo, sin embargo, requiere de toda su concentración, de toda su capacidad de aislamiento, necesita estar como a mil kilómetros de la máquina de escribir que tiene al frente pensando en cómo ilustrar la idea que debe llevar al papel apretado contra el cilindro negro, recordando a intervalos a su mujer que está por regresar y en la comida y en sus ojos suaves como sus piernas. Sí, esta tarea exige toda su capacidad de abstracción, TODA, por eso no siente la llave introduciéndose en la chapa, por eso no escucha el click de la cerradura, ni los pasos de los hombres que comienzan a destruirlo todo con golpes de culata y descargas de metralla.

LOS VENDEDORES

Llegaron a ser tantos que ocupaban todas las aceras de la ciudad. No había calle, por pequeña y misérrima que fuese, donde faltaran los vendedores ambulantes. Vendían baratijas de toda especie: clavo de olor, poleras chinas, pilas alcalinas, libros de amor, candados antiguos, máquinas de afeitar desechables, piña colada, ungüentos mágicos y estampas religiosas. Al principio, los obesos comerciantes establecidos quisieron combatirlos, pero la futilidad de sus esfuerzos y los elevados impuestos que les aplicaban terminaron por disuadirlos: bajaron las cortinas metálicas de sus negocios y optaron por instalarse junto a los mercaderes callejeros.

La policía era incapaz de controlar el fenómeno, pese a las estrictas órdenes de la comandancia. Mientras los agentes desalojaban una parte de la ciudad, en la otra se instalaban decenas de miles de vendedores. Las cárceles estaban repletas y no cabía nadie más; para arrestar a alguien, era preciso liberar a un detenido. Entonces el general dio orden de golpear brutalmente a los infractores para que sirviera de escarmiento. Como respuesta, los vendedores se organizaron en grupos de choque encargados de su defensa. Mientras tanto su número había crecido muchísimo debido a la cesantía: los comerciantes establecidos habían quebrado y no pagaban impuestos, el Estado recaudaba menos dinero, pero tenía que mantener la policía y las cárceles funcionando. De ese modo llegó a haber más vendedores que compradores, grave infracción a las leyes del mercado, en consecuencia las ventas bajaban constantemente.

Los enfrentamientos con la policía iban en continuo aumento, tanto en cantidad

como en intensidad. Hubo víctimas y mártires por ambas partes. El gobierno declaró que los vendedores eran en realidad agentes de una potencia foránea enemiga y dispuso el Estado de Sitio. Los policías entraban dentro de sus tanquetas en las casas de los comerciantes ambulantes, los golpeaban, revisaban los cajones en busca del dinero extranjero, prueba de la traición, pero sólo hallaban harapos y desperdicios. Algunos agentes, arrastrados por la vergüenza, renunciaron a sus cargos, siendo tratados como desertores y traidores a la patria. Un Tribunal Militar les condenó a muerte. La ejecución fue transmitida en directo por televisión a todo el país, y comentada por los analistas expertos de todos los canales.

Entonces se sublevaron algunas unidades y distribuyeron armas entre la población hambrienta. Los oficiales jóvenes y los dirigentes de los vendedores encabezaron el movimiento. El gobierno se desmoronó vertiginosamente y sus cabecillas escaparon del país a disfrutar de sus cuentas secretas en los bancos de Suiza. Hubo elecciones limpias y ganaron -como era de esperar- los dirigentes de los vendedores. Se constituyó un nuevo ejecutivo, se reemplazaron los antiguos congresales corruptos por auténticos representantes del pueblo y los ancianos jueces obsecuentes fueron conminados a jubilar. La euforia era increíble, se avizoraba un futuro esplendoroso. Los discursos eran bellísimos. Habría pan y justicia para todos. El estado fomentaría la industrialización, mejoraría la educación, construiría nuevos centros de salud, apoyaría la práctica masiva del deporte y la difusión de la cultura. Una era nueva despuntaba y la humanidad podía sentirse satisfecha.

Las cosas no eran tan simples, sin embargo. Ciertas variables macroeconómicas

se descontrolaron a destiempo, configurando un fenómeno propio del crecimiento acelerado, conjugándose con la recesión internacional y otros factores tan fortuitos como negativos. Los gobernantes se habían dado maña para instalar -a nombre de familiares de mucha confianza- lucrativas tiendas donde expendían artículos de consumo financiados con préstamos de instituciones financieras creadas ad-hoc por ellos mismos. Las deudas acumuladas se tornaron impagables y comenzó una reacción en cadena de quiebra de fábricas a las cuales nadie compraba ningún producto. De esta manera, empezó a producirse un colapso económico y la cesantía inició un ascenso vertiginoso. Los más pobres sufrieron todo el rigor de la crisis; desesperados, hastiados de buscar trabajo y golpear puertas sin resultado alguno, de organizar ollas comunes donde compartían sus carencias e intentaban disfrazar su hambre, comenzaron a instalarse en las calles céntricas para vender unas pocas chucherías. Pronto el fenómeno cundió y se tornó incontrolable. El presidente conminó al país a preservar el orden, única base del progreso estable. Algunos desganados transeúntes aplaudieron con una mezcla de temor -mal que mal entre ellos se mezclaban decenas de gorilas de terno azul- y de esperanzado optimismo -les habían ofrecido trabajo estable y un par de pesos con los que su familia comería esa noche. Pero aún ellos, a quienes los vendedores miraban con rencor a la distancia, albergaban la duda y mientras el estadista pronunciaba su discurso, pensaban en que tal vez fuese más conveniente estar en el centro huyendo de los carabineros y vendiendo pilas de linterna o libros prohibidos o linternas japonesas.

EL VÍNCULO

El papelito decía: "Brasil con Alameda, esquina poniente, 25, 19, Victoria lleva libro verde bajo el brazo, diario abierto en la cartelera de cines; Túnel pregunta si le ha conocido en el cumpleaños de Enrique; Victoria contesta no me acuerdo haberlo visto ahí; Túnel dice que es hermano de Ramón, el músico". Aprendí de memoria el contenido y lo quemé para mayor seguridad. Ahora lo recuerdo mientras camino por el centro haciendo tiempo, viendo cómo se acerca la hora, miro el reloj: aún faltan diez minutos, salí demasiado temprano de la casa, había estado inquieto todo el día dándome vueltas, más de un año sin noticias, sin ver a nadie, concurriendo a misa todos los últimos domingos del mes a la iglesia convenida hasta que por fin, yo escuchaba aburrido la liturgia, como siempre, de improviso llegó alguien a sentarse a mi lado, vi de reojo a una mujer madura, aunque atractiva. Cuando comenzó a cantar el coro se inclinó un poco hacia mí y susurró -Hola, Ernesto, no mires, voy a dejarte un recado en el periódico- yo quedé como helado, ocurrió cuando menos lo esperaba, creo que en mi interior pensaba que esto era como un rito sin fin, que nunca iba a pasar nada, cerré los ojos, "Tanto tiempo, tanto tiempo, ahora el corazón salta y me siento como un niño", me quedé así, como soñando y cuando miré al costado no había nadie, pero estaba el periódico plegado esperando que lo tomase; a la primera oportunidad salí del recinto, era una sensación tan extraña, afuera todo transcurría normalmente, caminaba entre cientos de personas que no me miraban, pero yo me sentía como un bicho raro con ese diario apretado contra el brazo, aferrado a él como a la vida. Doy una vuelta a la manzana, estoy a dos cuadras de mi destino, cinco

minutos todavía, me detengo a mirar los titulares de los periódicos por cuarta o quinta vez, simulo interés, cuatro minutos y medio, a ver, estoy a dos cuadras, a lo más tres minutos si camino lento, me sobra entonces como un minuto y medio, estudio la vitrina de una tienda de repuestos automotrices, más allá una venta de ropa interior femenina, -¿Necesita algo para su esposa?- pregunta la dependiente que está como de guardia en la puerta -No, no, miraba solamente- me siento idiota por la respuesta y me alejo intranquilo, ah: tres minutos, marchó con lentitud hacia el punto, alrededor el ruido de los microbuses atronando, nunca me ha gustado ese bullicio, comienza a oscurecer y eso ahuyenta mi nerviosismo, enciendo un cigarrillo, cuesta mucho a causa del viento, quemo cuatro, cinco fósforos, aspiro el humo, tengo que doblar el diario en la página indicada, pero cuando atraviese la calle, cruzo, un minuto apenas, apuro el tranco, el diario está listo, lo tomo en la mano izquierda junto al libro de modo que ambos se vean claramente, sostengo el cigarrillo con la mano derecha, cuento los pasos y los pasos son el corazón que late por dentro, treinta segundos, hay algunas personas en esa esquina, ¿será alguno de ellos? Hacia el poniente hay un resplandor rojizo cada vez más débil, atravieso Brasil a las siete en punto y comienzo la espera. Cerca de mí hay una pareja de ancianos que descarto de inmediato; una mujer joven, bien vestida que mira la hora con inquietud, tendría que haber visto bien el libro y el diario desde donde está, no, no puede ser ella; por Alameda se aproxima un hombre de barba, anteojos, con un portadocumentos, pasa por mi lado sin mirarme, observo desilusionado como se aleja; ahora se detiene un auto y descende un individuo del interior, el coche parte, hay tres tipos adentro, no alcanzo a ver sus rostros, el que se acerca hacia acá es alto, fornido, terno café claro, me cruzo con sus

ojos, imagino la pistola que oculta bajo la axila, ¡qué bien hice en quemar el papel!, bajo la vista para mirar el reloj, las siete y cinco, escucho sus pasos, cierro los ojos un segundo, alguien me toma el brazo con fuerza y pregunta la hora, enfrente hay una jovencita de rostro risueño, veo ahora como el tipo de terno besa a la mujer que esperaba en la esquina, -Son las siete- ni siquiera miro el reloj, -¿Te pasa algo?, te ves nervioso- me dice, reparo en sus ojos verdes, tendrá dieciocho, tal vez veinte años, es bonita, -No tengo nada- contesto apresuradamente para librarme de ella, -¿No nos hemos visto antes?- insiste ella con sus ojos -Claro, en el cumpleaños de Enrique- , -No recuerdo haberte visto-, -Yo sí, soy la hermana del pianista, de Ramón, ¿te acuerdas?- , quedo en silencio, sorprendido, se toma de mi brazo sonriendo y caminamos por Brasil abajo, -Hola Victoria- me dice con aire divertido, -Hola, Túnel- contesto un poco avergonzado y nos ponemos a reír como locos, tanto que la gente del barrio se fija en nosotros y un anciano mira con admiración a Túnel, -Lo felicito- musita guiñándome el ojo con picardía, -Gracias- contesto y aprieto el brazo de Túnel mientras nos alejamos.